

RENACER EN NÁPOLES

María Alejandra Domínguez Rey

RENACER EN NÁPOLES

MARÍA ALEJANDRA DOMÍNGUEZ REY



III CONCURSO DE RELATOS "8 DE MARZO"

Primer Premio



AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA

Título: RENACER EN NÁPOLES
1999 - III CONCURSO DE RELATOS
"8 DE MARZO"

Tirada: 500 ejemplares
Ayuntamiento de Zaragoza
Área de Cultura, Acción Social y Juventud
Servicios Sociales Especializados, Unidad Mujer

Autora: María Alejandra Domínguez Rey

Diseño: M. Solanilla

Impresión: Octavio y Féliz, S.A.

Depósito Legal: Z-153/2000

ES intención de la Unidad Mujer que la publicación de este relato sirva de estímulo a las personas que se inician en la creación literaria, así como favorecer e impulsar la presencia en la literatura de protagonistas y ambientes relacionados con la situación de la mujer.

El Jurado del III Concurso de Relatos "8 de Marzo", que organiza la Unidad de la Mujer del Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza, presidido por D^a Verónica Lope Fontagne, Concejala Delegada de Acción Social y Salud Pública e integrado por D^a Lola Ester Uruen, D^a Mercedes Gallizo Llamas, D. Ismael Grasa Ade y D^a Magdalena Lasala Pérez, acordó conceder el premio en su edición de 1999 al relato titulado Renacer en Nápoles, del que es autora D^a María Alejandra Domínguez Rey.

El Jurado destacó la precisión narrativa del relato premiado y la madurez con que retrata situaciones familiares cotidianas de diferentes generaciones de mujeres.

HACE ya media hora que partimos de la estación central de Salerno y los compañeros de compartimento todavía nos observan con curiosidad. Nos manejamos con soltura con el idioma y hace un mes que dejamos de recordar a las usuales turistas. Pero imagino que lo que más sorprende es escuchar a dos españolas de veintitún años hablando de jugadores del fútbol italiano. Y es que por fin he comprado para mi hermano la camiseta de la Juventus que tanto deseaba.

Me entiendo de maravilla con Lucía. Nunca imaginé que pudiera resultar la perfecta compañera de viaje. Durante cuatro años de universidad hemos sido casi desconocidas, sin embargo desde que supimos que ambas habíamos sido elegidas para concluir la carrera en el Politécnico de Nápoles y las preocupaciones y variados preparativos comenzaron a volvernos locas, la amistad surgió entre nosotras de inmediato. La beca para mí ha sido una bendición.

Mientras ella se entretiene con la guía informativa de Benevento y prepara la excursión del próximo fin de semana, me dedico a observar a la mujer que tengo frente a mí. El paisaje verde y florido se sucede rápido, las típicas casas de la región de La Campania y sus habitantes nos saludan con el alma serena y las colinas que nos preceden se atragantan con los primeros vagones. Todo ello pasa ante la mujer como si se tratara de aquel cuadro que lleva veinticinco años colgado en el pasillo y ya no transmite nada. Su mirada no pasa del sucio cristal de la ventanilla donde se refleja medio rostro, muy blanco, ojos negros profundos marcados con indescritibles ojeras y casi cubiertos por una melena despeinada y olvidada por su tinte habitual que permite traslucir unas canas incipientes. Cuarenta y cuatro, quizá cuarenta y cinco años, pero aparenta cincuenta.

Llevo tres meses sin ver a mamá y pienso con horror que estoy de nuevo ante ella, ante su amargura.

La vida transcurría con aparente normalidad para toda la familia hasta que un veintidós de junio papá volvió a casa y nos reunió a todos para comunicarnos que se había enamorado de otra mujer, así de simple. Tanto mi hermano, Juan, como yo éramos lo suficientemente mayores para entenderlo y todo se resolvería civilizadamente, sin traumas. A mamá el mundo se le vino encima y yo, por lo demás, intenté no empezar a odiar a mi padre. Intenté colocarme en su situación, razonar que tal vez mi madre había descuidado su físico con los años, que ya no se preocupaban el uno por el otro o, por qué no, que no era tan difícil volverse a enamorar. Si me lo planteaba seriamente podía suceder, el amor se acaba. Sí, lo aborrecí como hombre, pero no como padre. Papá era papá. Convencí a mamá para que le pidiera que se marchase de casa. Se acabó lavarle su ropa o prepararle la comida, que lo hiciera la otra. Mi madre se moría por dentro y él no estaría allí para contemplar esa decadencia.

Y como el rostro es el espejo del alma tengo la sensación certera de que frente a mí se halla un alma gemela a la de mi madre. ¡Dios mío, en que lleguemos a Nápoles la llamaré! Si todavía no le ha llegado mi carta le explicaré mi propuesta directamente aunque tenga que agotar la tarjeta telefónica. No puedo permitir que siga en Málaga sola y Juan no está resultando un buen apoyo, siempre justificando a papá. Ella le sigue queriendo y no puede imaginar la vida sin él por más que ya dos psiquiatras han intentado convencerla.

—Pronto llegaremos —anuncia Lucía con voz clara haciéndome renunciar a mis pensamientos y llamando la atención de los otros dos hombres que apenas se han cruzado palabra a pesar de ser evidente que viajan juntos. Entonces miro de nuevo a la mujer. Ella ni siquiera ha pestañeado, sigue en su mundo.



—¡Qué país más aburrido! —dice Lucía poco después—. No me extraña que para el verano casi todos vayan a España.

Efectivamente, no se ve una alma por las calles que conducen hasta nuestra residencia y hemos sido poco prudentes al coger el tren tan tarde. Sólo son las ocho, pero ya anochece y ninguna tienda está abierta. Por supuesto, ya no tengo tiempo para ir hasta el restaurante de Alessandro.

Para Lucía la estancia en Italia se está convirtiendo en un verdadero tormento. Se aburre y echa de menos a su novio del que, para colmo, se está distanciando inevitablemente. En cambio, para mí, Italia es la paz, es el sosiego, es la liberación y podría pasar aquí el resto de mi vida. Y eso es lo que pretendo. Miles de ideas se barajan en mi cabeza, pero la del restaurante es la más tentadora y espero que lo sea también para mi madre. Nadie puede culparme por intentar que ella renazca en un país distinto donde puede emprender una nueva vida y olvidar su sufrimiento.

Al abandono de mi padre se sumó el problema del trabajo. El abogado que realizó el convenio regulador de la separación se inclinó a favor de mi padre y cuando quisieron aconsejar a mamá era demasiado tarde pues ya había firmado el documento que no le concedía pensión compensatoria alguna, ni siquiera pensión por los dos hijos al ser mayores de edad. Claro que mi padre continuó pagando nuestros estudios, incluido el viaje a Italia. Cuando ella se casó con veinte años dejó su trabajo en la recepción de un hotel de Marbella y sólo poseía el Graduado Escolar. Ahora, con esos estudios y su edad no encaja en ningún sitio. Parece que sólo sirve para limpiar casas u oficinas y para cuidar abuelos. Es respetable sí, pero yo pienso que mi madre vale mucho más que todo eso.

Alessandro es el padre de Giada, una compañera de la universidad. Es la pequeña de cuatro hermanos y ninguno de ellos desea continuar con el negocio familiar. Poseen uno de los restaurantes más conocidos de la ciudad y, además, muy bien situado en la "Piazza" principal. Un día comiendo en su casa comentó que buscaba a alguien que pudiera

hacerse cargo del negocio. Estaba dispuesto a cederle el apartamento que había sobre el local. Él iría a descansar a su fascinante Pompeya natal y se le pasaría el ocho por ciento de los ingresos mensuales. Como ciudadana comunitaria no hay ningún problema en que mi madre venga a hacerse cargo del restaurante, por lo menos durante un año, año en el que yo intentaría realizar mi tesis final de carrera. Sí, doce meses más en este país que me apasiona. Todos los detalles van ya por correo hacia España. Juan estaba deseando irse con papá, no debe ser ningún impedimento.



Han pasado tres días desde que hablé con mamá. Obtuve un "no" rotundo para mis fabulosos proyectos. Pero eso no es lo peor. Volví a llorar cuando imaginaba que no estaría en casa para hablar con Juan. Es la primera vez que escucho de su boca que no ve bien a nuestra madre. Le he insistido para que la convenga y vengan a verme para las vacaciones de Semana Santa. Estoy segura de que papá pagará el viaje y lo preferiré a ir yo.

La verdad es que me he metido en un lío porque le dije a Alessandro que no pusiera el anuncio de su oferta en la prensa. No puedo tenerle en villo pues le gustaría desentenderse de todo para el verano.

Sé que mi madre llevaría el restaurante de maravilla e incluso le podría dar un nuevo rumbo ya que todos aquí adoran el sabor español: las tapas, los chupitos... ¿Por qué será tan cabezona? Tal vez todo esto sea una locura.

Para colmo Lucía está de los nervios. Parece que ayer discutí con su novio por teléfono y él dejó entrever que puede vivir sin ella en España. Imagino que debe resultar difícil romper con alguien por teléfono, pero ese puede ser un modo.

Estos momentos de flaqueza sentimental están siendo utilizados hábilmente por Gianluca que anda tras ella desde que llegamos. Debo

reconocer que me gustaba un poco, pero yo no soy el modelo de típica española que resulta ser Lucía y no moriré por ello.

Mientras espero que salga de su clase para ir a comer tomo estas absurdas notas. Desde que partimos de España Lucía comenzó a recoger en una libreta todas las anécdotas del viaje y de los lugares que visitamos pues quiere escribir un libro. Eso dice. Me pidió que yo hiciera algo parecido, creo que sabía que lo haría con tintes más personales que la superficialidad descriptiva que ella utiliza y lo considero un justo intercambio por el respeto que da a mis momentos de soledad, a mis silencios y reflexiones.



Sólo quedan cuatro días para las vacaciones de Pascua que es como aquí llaman a la Semana Santa. He esperado hasta el último momento para coger el billete de avión y va a ser casi un milagro que haya plaza en algún vuelo pues el de Lucía hace días que está completo.

Después de mi última conversación con Juan no creo que deba esperar más para volver a casa. Ha transcurrido más de un año desde que papá se fue a vivir con "la otra". Mi hermano es el único que la conoce. Yo, en cambio, le dejé a papá muy claro que nos veríamos para comer, para tomar un café..., pero que nunca esperara que visitara esa casa.

Y que haya tenido que ser mi madre la que los haya visto juntos, en plena calle. Y conocerla, porque cómo no iba Juan a saludar a papá. Demasiado tarde para cruzar a la otra acera. Cuando llegó a casa se encerró en su cuarto y él la oyó llorar.

Hoy Lucía me ha recriminado mi actitud. Incluso me ha dicho que yo también debería visitar al psiquiatra. Puede que no debiera tomarme la situación de mi madre como si fuera la mía propia. Quizá si supiera que vuelve a sonreír, que tiene nuevas metas en su vida...

Lucía se atreve a colocarse como ejemplo de superación. Evidentemente no puede ser lo mismo una relación rota de seis meses que una de veinticuatro años. Ella ya sonríe.



Hoy el aire que respiro es fresco y puro y al aspirarlo me despeja como dos caramelos de menta juntos. Me compro un "panino" antes de llegar a la residencia. En que deje los libros iré a la agencia de viajes, necesito volver a casa aunque me duela el alma abandonar este sosiego durante diez días. He llamado a casa en dos ocasiones y nadie contesta.

La calle está tranquila y soleada. Mientras camino observo mi reflejo en los cristales de las tiendas y pienso que ya es hora de cortar el pelo y hacerme nuevas mechas. Me desprendo de la chaqueta y la coloco sobre los libros que pesan como dos sacos de harina. En la otra mano llevo el "panino" envuelto, aún caliente. Llego exhausta a la residencia y todo cae al suelo cuando al abrir mi habitación encuentro a mamá y a Juan esperándome.

—¿Qué hacéis aquí?

Es la pregunta más estúpida que hago en mucho tiempo.

—Dios sabe que darte esta sorpresa casi nos cuesta perdernos. No nos entendíamos bien y si hemos llegado es gracias a otro español que viajaba en el mismo avión y nos compró los billetes del tren —explica mamá al abrazarme.

Me cuentan que todo surgió de repente. La abuela que mamá cuidaba murió de un ataque al corazón y cuando le pagaron el mes Juan la convenció de que era una oportunidad única la de venir a Italia. Sólo de visita, claro. La veo distinta, puede que el peinado. La emoción del viaje parece haberle devuelto su actividad de antaño y está desando ver la ciudad. Sí, aquí también hay mar como en Málaga.

Los llevo a cenar al restaurante de Alessandro con la excusa de presentarles a Giada que se ha convertido en una buena amiga, mi hermana italiana como dicen aquí.

Alessandro es un señor mayor que se conserva muy bien para su edad. No ha perdido mucho pelo porque ya era joven cuando empezó a sufrir el ataque de las canas y, por ello, luce su pelo blanco orgulloso frente a sus amigos que hoy no recuerdan lo que es peinarse. Dice que nunca dejará de fumar ya que de algo hay que morir en esta vida. Posee la mirada más viva que he conocido pese a que sus vivarachos ojos marrones son diminutos y se rodean por abundantes arrugas. Es un hombre de costumbres. No le gusta andarse por las ramas y es siempre claro y conciso. Ahora mismo tiene a mi madre completamente aturrida y apenas me da tiempo de ejercer de intérprete. Mamá lleva sólo unas horas en Italia y su rostro no refleja recuerdo alguno del pasado año. La veo encantada con lo que está descubriendo y sé que no ha hecho más que empezar.



Tomo las que van a ser mis últimas notas. Lo agradezco de verás porque siempre odié los diarios y esto empezaba a recordar a uno de tantos.

Hoy por la tarde, quince de junio, saldrán las notas del curso. Espero aprobar todo y quedar pendiente con la única asignatura que no me era convalidada en España. La prepararé mientras realizo el proyecto final de carrera y volveré a Málaga para hacer el examen.

Lucía se va mañana mismo. Le preocupa más la despedida de Gianluca que las notas y es que esta chica se está acostumbrando a las relaciones a distancia.

Mamá vino ayer. Juan se queda con papá porque ambos no quieren que se quede solo en el piso, es una cabeza loca.

Sí ella cedió, pero lo hizo por mí. Me confesó que el día que vio a papá con otra fue el día que reaccionó ante la vida. Fue el momento en que se encontró con la realidad. Él ya no la amaba y tenía que seguir adelante. Por más que ya no tuviera ese apoyo sentimental o económico, tenía a dos hijos que la seguían queriendo, también amigos y familia.

Con el restaurante nos hemos comprometido por un año, después ya se verá. Yo estoy encantada y tengo miles de ideas.

La mujer de Alessandro que trabajaba en el negocio también lo deja así que hemos tenido que buscar una persona que nos ayude y poner un anuncio en la prensa. Giada está con mamá ayudándola con las entrevistas.



Me he sentado detrás de mamá y Giada. Escribo pues no quiero que la mujer se sienta intimidada al ser rodeada por tantas personas. No puedo creerlo, es ella, es la mujer del tren.

El sol entraba con fuerza en la habitación y han bajado casi todas las persianas, pero puedo reconocerla. Hoy también lleva el pelo suelto, creo que intencionadamente, ya que parece tapar un pequeño moratón en su ojo izquierdo. No quiero preguntarme a que es debido. A pesar de ello, se ha arreglado con esmero. Unos pantalones color azul marino y una camisa blanca inmaculadamente limpia permiten adivinar la figura de una mujer que sin duda ha sido muy bella. Se explica con pausa pero con tono de inquietud. Parece necesitar el trabajo como una vía segura de escape.

Sujeto el brazo de mamá para llamar su atención y Giada también se vuelve hacia mí con mirada interrogante. Sólo puedo decir "el puesto es suyo" y me despido pues inexplicablemente necesito llamar a papá.

ESTA OBRA SE ACABÓ
DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRÁFICOS
DE OCTAVIO Y FÉLIZ,
DE ZARAGOZA, EL DÍA
8 DE MARZO DE 2000,
DÍA INTERNACIONAL
DE LA MUJER

